

de república, había dado el mas fatal ejemplo Felipe II, y llevado el abuso tan allá como era posible llevarle. Y en esto como en muchos de los males y errores que lamentamos, Felipe IV no hizo sino marchar por la pendiente en que sus predecesores habían puesto la nación, y en el siglo XVII se descubrieron y desarrollaban muchos de los desórdenes y mucho del desconcierto que desde el XVI venían germinando en la organizacion y en la administracion de España.

Lo que no puede disimularse, ni al rey Felipe IV, ni menos á los favoritos y ministros que le conducían é impulsaban por el mal sendero, es que en tanto que los pueblos lloraban miserias y padecían hambre, y los soldados peleaban andrajosos y medio desnudos, y de la corona de Castilla se desprendían y perdían sus mas preciosas joyas, ellos disipaban la poca sustancia que quedaba al pueblo en juegos, espectáculos y festines, que siempre se celebraban con lujoso aparato, brillantes galas y ostentosa magnificencia, y esto cuando no la consumían en personales y misteriosas aventuras ó en silenciosos galanteos. En otro capítulo apuntamos ya algo sobre esta materia. Hubo despues un tiempo en que el rey se aplicó á los negocios y pareció entregado á cierto recogimiento que sentaba bien á su edad y cuadraba mejor á sus deberes. Pero esto duró poco. Resucitaron los antiguos hábitos que tenían dominada su naturaleza, y nunca faltaban cortesanos que halagaran y fomentaran sus inclinaciones. Felipe había abierto por primera vez los ojos para presenciar los juegos de cañas que se hicieron en celebridad de su nacimiento, y como si esto hubiera sido el pronóstico de sus aficiones futuras, desde que llegó á la pubertad hasta que los años y los achaques le imposibilitaron, fué siempre el primero á lucir su persona en los ejercicios caballerescos, en los torneos, en las corridas de toros y en los juegos de cañas, que nunca fueron ni mas numerosos, ni mas frecuentes, ni mas concurridos, ni mas lujosos en galas y en cuadrillas de justadores, de escuderos y de músicos, que en su reinado; que todo lo traía la afición y el ejemplo personal del rey. Costaba trabajo hacerle ir á presenciar, siquiera fuese de lejos, los combates verdaderos en los campos de batalla. Anduvo reacio en ir á Cataluña, y nunca se resolvió á ir á Portugal, pero siempre estaba pronto para romper lanzas en la plaza de Madrid.

El pueblo veía aquellas lujosas cuadrillas de caballeros que salían á correr las sortijas ó á rejonar un toro, chorreando plata y oro y joyas, así en sus trajes como en los arreos de sus caballos, y que esto se repetía en los nacimientos de cada príncipe, en las bodas reales, en la venida de cada personaje extranjero, en los bautizos y casamientos de los hijos é hijas de cada magnate, en celebridad del mas pequeño triunfo de nuestras armas, con el mas frívolo é insignificante pretexto. Y era menester que fuese ciego y que estuviese privado de toda facultad de discurrir para que no le afectara el contraste de aquel lujo con su miseria, el cotejo de aquellos espectáculos con el espectáculo de las tropas sin racion y sin vestido; y no comprendemos, si no nos lo explica la postracion en que el pueblo había ido cayendo desde Felipe II, cómo pudo tolerar en paciencia que así se divertiera la corte mientras se aruinaba la monarquía.

Lo que hacia, sí, era desahogar su disgusto y mal humor en folletos, pasquines, comedias, sátiras y escritos de todo género, mas ó menos ingeniosos, contra el rey, contra sus favoritos y contra el mal gobierno, que circulaban, aunque subrepticamente, con gran profusion, manuscritos los mas, pero impresos tambien algunos, que de una y otra clase se conservan todavia en nuestras bibliotecas y archivos en abundancia (1).

Tambien indicamos ya algo de la afición del rey á las co-

(1) De entre los muchos papeles de esta especie que hemos visto citáremos solo algunos que pueden servir de muestra del modo como se ejercía y manejaba la crítica en aquel tiempo.—Comedia satírica contra el gobierno de Felipe IV y sujecion al conde-duque de Olivares. MS. de la Biblioteca Nacional, M. 183.—Sátiras contra la corte y gobierno de Felipe IV y de Carlos II. Ibid. M. 80.—Carta del profeta Elías: es el juicio en el tribunal de Dios, donde se hacen cargos al rey, se censuran los ministros y los poetas de aquel tiempo.—Sátiras contra el gobierno del conde-duque, etc.

medias, y lo que era peor, á las comediantas. En el primer concepto dispénsanle algunos el honor de haber sido él mismo autor dramático, ocultándose bajo el incógnito, entonces muy usado, de *un ingenio de esta corte*. Pudo ser esto cierto (2), aunque para nosotros no lo es tanto, ni para el público y para la posteridad quedó tan evidenciado como el testimonio que de su afición á las cómicas dejó en el fruto de sus amorosos galanteos á la Maria Calderon. Inoculóse aquella afición á toda la familia real, y la reina y las infantas representaron comedias, como la que se ejecutó en los jardines de Aranjuez, y la que se hizo para celebrar la venida de doña Mariana de Austria. Excusado es decir que los cortesanos y la corte, y tras ella todas las clases fueron participando del gusto por estos espectáculos. Afición, no solo disculpable, sino plausible, y noble en todos, y hasta en el mismo rey, si no hubiera excedido los límites de la moderacion, y con su exceso no hubiera dado lugar á que algunos, no sin razon, digan que así como el reinado de Felipe III fué de conventos y de frailes, el de Felipe IV fué de cómicos y de comedias.

Hubo no obstante un periodo, el periodo en que Felipe IV se entregó al recogimiento y se aplicó al cuidado y despacho de los negocios, en el cual llegaron á prohibirse las comedias, como lo habían estado en los últimos tiempos de Felipe II (3). Pero la afición y el gusto por este espectáculo habían echado tan hondas raíces en el pueblo, que á pesar de la prohibición seguían representándose en muchas ciudades y villas de Andalucía y de Castilla, y hasta en Toledo y su comarca, casi á la presencia del rey. Publicábanse escritos, que se dirigían al mismo monarca, demostrando la utilidad de este recreo y la conveniencia de que volviera á permitirse, y se citaban los ejemplos de Francia, de Lombardia, de Nápoles, y de otros pueblos católicos, inclusa la misma Roma, en que esta diversion se permitía y consideraba como útil para entretenimiento del pueblo y nada contraria á la religion. Clamaba la villa de Madrid por que volvieran á abrirse los teatros, pues estando destinados sus productos al sostenimiento de los hospitales y de otros establecimientos piadosos, y faltándoles los seis cuentos de maravedís que aquellos rendían, perecían estos asilos de la humanidad doliente, sin que se hallaran arbitrios que pudieran reemplazar á los productos de los coliseos (4).

(2) Atribúyese la tradicion las comedias tituladas: *El conde de Essex* y *Dar la vida por su dama*, y otras dos ó tres en que dicen tuvo parte. Hay motivos para creer que en efecto cultivó las letras, y en la Biblioteca Nacional existen dos traducciones manuscritas que pasan por suyas, una, de las *Guerras de Italia*, de Francisco Guicciardini, y otra, de la *Descripcion de los Países Bajos*, de su sobrino Luis Guicciardini.

(3) Ya en 1545 el clero había conseguido que se prohibiese la representacion de las comedias de Torres Naharro. En 1548 pidieron las córtes al emperador que prohibiera la representacion ó impresion de todas las farsas obscenas é indecentes. Sin embargo solo se suspendieron los espectáculos escénicos con motivo de algun duelo, ó cuando sucedían grandes calamidades. En 1587 Felipe II consultó á una junta de teólogos sobre la súplica que se le había hecho de mandar cerrar los teatros, pero resolvió tolerar esta diversion, sujetando las obras á una censura severa y escrupulosa. En 1597 los mandó cerrar con ocasion de la muerte de la duquesa de Saboya, y poco antes de morir consiguieron los enemigos de las representaciones dramáticas que las proscribiera del todo. En 1601 Felipe III, oida otra junta de clérigos y seglares, permitió que volvieran á abrirse los teatros, aunque limitando las funciones á algunos dias de la semana, y á los festivos, pero prohibiendo lo que parecia licencioso ó inmoral en las comedias. Dióse mas sanche, al paso que creció la afición en el reinado de Felipe IV, hasta el punto que hemos visto, y despues de la corta interrupcion que mencionamos en el texto, continuó en boga el espectáculo hasta la muerte del rey en 1665, en que se suspendieron otra vez las funciones á causa del carácter sombrío y supersticioso de la reina regente.—Ticknor, Hist. de la Literatura española, tomo II, cap. 21.—Jovellanos, Origen de los espectáculos—Historia del teatro español.

(4) Lo mismo sucedía en otras ciudades. El corregidor de Valladolid escribió al presidente del Consejo Real don Lorenzo Ramirez de Prado, manifestándole que con motivo de la supresion ó prohibicion de las comedias, era tal y tan lamentable el estado del Hospital de niños expósitos de San José y el General de aquella ciudad, que en el año anterior (1647) habían muerto doscientos de los quinientos niños que en él había, «por no haber cómo pagarles las amas,» y que viendo esto, sucedía que algunas personas en lugar de enviar los niños al hospital los arrojaban

En su virtud consultó el monarca al Consejo Real, para que le informara sobre el memorial de la villa de Madrid suplicando diese licencia para que volviera la representación de las comedias. Nueve consejeros fueron de dictamen de que no debería otorgarse el permiso, pero el presidente y cinco individuos del Consejo dieron un luminoso informe, demostrando, no solo la conveniencia, sino la necesidad de que volviera a abrirse estos espectáculos, apoyándose ya en razones de autoridad, ya en motivos de utilidad pública, concluyendo por aconsejar al rey que se formaran inmediatamente compañías y se buscaran y trajeran los actores de mas fama (1). Este dictamen, que estaba en el sentimiento y en el deseo de todo el pueblo español, fué el que prevaleció, y restablecidas que fueron las representaciones escénicas, prosiguieron siendo el recreo y la afición predilecta del rey, de la corte y del pueblo, hasta el extremo que antes hemos expresado.

Pero esta desmedida afición, que tan perniciosa pudo ser á la administración y á la política del reino, contribuyó á dar á este reinado una de las glorias mas apreciadas en las naciones cultas, la prosperidad de la literatura y del arte dramático, que llegó á su apogeo en aquel tiempo, y nunca y en ninguna parte se cultivó con mas talento y con mas entusiasmo. El impulso venia dado de los reinados anteriores, y el Fenix de los ingenios, Lope de Vega Carpio, que floreció en el de Felipe III, y alcanzó bastantes años del de su hijo, fué como el anillo que eslabonó la historia del progreso dramático de aquel y de este. A beneficio de aquel impulso y del favor especial que les dispensaba el cuarto Felipe, brotaron ingenios como Calderon, Velez de Guevara, Montalvan, Tirso de Molina, Moreto, Rojas, Alarcón, Mira de Mescua, Mendoza, Fernando de Zúrate, Solís y varios otros, que elevaron las obras dramáticas á un grado de perfección admirable; sin contar otra multitud de autores, si bien no de los de primer orden, pero de no escaso mérito, entre los cuales alguno, como Villalaz, tuvo la fortuna de atinar con el gusto del rey, que daba una conocida preferencia á sus comedias, y asistía siempre á ellas disfrazado. Hasta á los eclesiásticos, á los jesuitas, á los frailes, les alcanzó el furor de hacer comedias, aunque algunos, como el célebre predicador de S. M. el trinitario fray Hortensio Félix Palavicino, las hicieron de tan depravado gusto como lo eran sus sermones. Pero al lado de las malas y de las medianas se dieron á la estampa y á la escena multitud de obras maestras del arte, que elevaron el teatro español á su mayor altura, y tanto que sirvió de escuela y de modelo á los ingenios y á los teatros de otras naciones, y sobre ella se alzaron las obras inmortales de Corneille, de Racine, de Moliere, de Scarron, de Derville, de Quinault, y otros autores franceses (2).

Con tales autores y tales obras, y con la afición y el favor que el arte obtenía del rey, de la corte y del público, no podían dejar de abundar los buenos actores y actrices, dignos intérpretes de tantas bellezas dramáticas. Sobresalieron en este género, la Maria Calderon, á quien hicieron mas famosa los amores reales que los que tantas veces fingía en el pro-

al rio, donde ya se habían encontrado algunos, pues el arbitrio de dos maravedís en libra de pescado que se había impuesto para suplir los rendimientos del teatro, «ni pudo, ni convino que se ejecutase.»

(1) Consulta del Consejo Real en 1648, tomo de MM. SS. de la Real Academia de la Historia, Estado 25, gr. 3.^a C. 35.—Los consejeros que opinaron en favor del restablecimiento de los teatros fueron, el presidente don Lorenzo Ramirez, don Bartolomé Morquecho, don Martin de Arnedo, don Antonio de Lezama y don Martin de Larreategui.—Discurso sobre la prohibición ó permiso de las comedias, por don Luis de Ulloa Pereira, en diciembre de 1649, dedicado al excelentísimo señor duque de Medina de las Torres: en el mismo volumen, pág. 226.

(2) Pellicer: Origen de la comedia.—Nicol. Anton: Biblioteca Nova.—Baena: Hijos de Madrid.—Fuster: Escritores valenc.—Rojas: Viajes.—Pellicer: Notas al Quijote.—Ticknor: Hist. de la Literatura española.—Puybusque: Historia comparada de las literaturas española y francesa.—Historia del teatro francés.—Huerta: Teatro Español.—Sismondi: Literatura del Mediodía de Europa.

Puybusque, en la nota 4.^a al cap. 6.^o del tomo II de su Historia comparada de la literatura española y francesa, inserta un largo catálogo de autores franceses que tradujeron piezas españolas de la segunda mitad del siglo XVII.

cenio; la Baltasara, que acabó llorando en el retiro y en la soledad los ruidosos y alegres gozes de su anterior vida de cómica; Maria Riquelme, el tipo opuesto, porque se distinguió por su recato y sus virtudes durante el ejercicio de su profesión; Francisca Beson, cuya fama creció en los teatros de Francia, de donde vino llena de palmas, de escudos, de años y de enfermedades; Maria de Córdoba, conocida por el sobrenombre de Amarilis; Bárbara Coronel, varonil como su apellido, y que dejó larga fama por sus aventuras; Josefa Vaca, que agradaba tanto por su belleza como por su habilidad, y tuvo tambien la fortuna de unirse al príncipe de los representantes, que así llamaban á su marido Alonso Morales; Roque de Figueroa, los dos Olmedos, Sebastian de Castro, que acompañó á la infanta doña Maria Teresa, reina de Francia, á Paris, representó con grande aplauso en la capital de aquel reino comedias españolas, y volvió cargado de coronas y de dinero; el gracioso y desvergonzado Juan Rana, animación de los espectáculos, y alegría de los espectadores; con otros que no hay para qué enumerar.

Si bien la literatura dramática fué la que alcanzó la palma en este reinado, no dejó tambien de cultivarse la poesía épica y lírica, la novela, las obras y artículos de costumbres y otros ramos de las bellas letras. Los nombres de Quevedo, el príncipe de los ingenios, político, filósofo, moralista, poeta, romanero, narrador y crítico; de Melo y Moncada, joyas entre los historiadores de sucesos particulares; del divino Rioja, el inimitable cantor de las *Ruinas de Itálica*; don Juan de Jáuregui, el traductor de *Aminta*, que tuvo la rara gloria de superar al original; de Espinosa y Villegas, el Teócrita y el Anacreon españoles, serian bastantes, cuando otros no hubiera, para dar honra y lustre á la cultura intelectual y al progreso literario de un reinado, cuanto mas que si citamos á los que se aventajaron mas en cada género, no nos toca poner el catálogo de todos los que lograron alcanzar un nombre honroso en la república literaria.

Verdad es, que en cambio de este desarrollo de la poesía, y de todo lo que se comprende bajo el nombre de buenas letras, nótese un vacío lamentable en los conocimientos filosóficos y en el estudio de las matemáticas, de la física y de las demás ciencias exactas. Como en medio de un vasto arenal sorprende encontrar un árbol frondoso, así se extraña hallar en este reinado el libro de las *Empresas políticas* de Saavedra, donde al lado de una filosofía profunda, y de un exacto conocimiento del corazón humano, se ve campear la libertad del espíritu en materias que ó no se trataban ó se trataban con encogimiento; bien que le favoreció haberle meditado y escrito en tierra extraña (3). Así en materias de economía y administración se encuentra tambien con extrañeza, la *Conservación de monarquías* de Navarrete, donde al lado de los errores de la época en lo relativo á la administración económica de los estados, errores que, como otras veces hemos dicho, eran comunes á todas las naciones y no exclusivos de España, se leen máximas muy provechosas acerca de la acumulación de bienes en manos muertas, del crecido número de comunidades religiosas, de la inconveniencia de las pequeñas vinculaciones, y otros puntos de gobierno económico. Por lo demás, aun en las ciencias teológica y jurídica, en aquellos siglos tan cultivadas, se ve ya cuanto se dejaron llevar los mejores talentos hácia el escolasticismo y el comentarismo, que hicieron de las dos ciencias, así en las escuelas como en los libros, dos fuentes de interminables y estériles controversias, de acalorados bandos, de difíciles acertijos, útiles solo para aguzar los ingenios y ponerlos en tortura, pero con los cuales perdió mas que ganó la antigua y sólida teología positiva de los Santos Padres y la verdadera ciencia del derecho.

La causa y razon de haber progresado tanto el drama, la poesía, y la bella y amena literatura, al paso que, ó se estacionaban, ó se corrompían, ó se abandonaban del todo otros

(3) Capmany considera á don Diego Saavedra y Fajardo como maestro en los dos géneros, el grave y el ligero, y Puybusque le reputa el primer escritor del reinado de Felipe IV. Además de las *Empresas políticas* escribió la *República literaria*, y la *Corona Gótica, Castellana y Austriaca*.

ramos del saber, precisamente los de mas importancia y los de mas utilidad, la hemos señalado ya otras veces, porque no era solo propia de este reinado, sino que radicaba en los anteriores y venia de ellos. Ya en nuestra reseña crítica del siglo XVI, dijimos que la Inquisición, comprimiendo y avasallando los espíritus y poniendo trabas al pensamiento y cortando su vuelo en la libre emisión de sus ideas, en todo lo que pudiera rozarse con las materias que aquel adusto tribunal habia hecho objeto de su escrupuloso exámen y de sus severos fallos, los ingenios españoles se refugiaron por necesidad y por instinto al campo neutral de la poesía y de las bellas letras, que era el menos peligroso y el mas desembarazado y libre. En el reinado de Felipe IV llevaba ya la Inquisición siglo y medio de no interrumpido ejercicio, así como en este tiempo habia sido trabajado, cultivado y sembrado, y dado ya excelentes y abundantes frutos el campo de la amena literatura. Fué pues fácil á los ingenios de este reinado, protegidos además por el príncipe que gobernaba la monarquía, mejorar y perfeccionar aquellos frutos, y progresar en la senda que encontraron abierta y trillada.

Pero este mismo progreso y desarrollo, esta misma perfección de la literatura, tenia que traer su propia corrupción y decadencia, si no se enriquecía con otros conocimientos humanos que habian de alimentarla y darle nueva vida, y esto es lo que aconteció con rapidez maravillosa antes de terminar el reinado de Felipe IV. Siendo la poesía, no una ciencia, sino una forma y una manifestación de las ideas preexistentes en una época, si los conocimientos en otros ramos del saber no venían á enriquecerla, si se encerraba en sus propios y estrechos límites, tenia que acabar por devorarse á sí misma. El que se sintiera con genio creador y aspirara á ser original, no pudiendo serlo en el fondo habia de querer señalarse y distinguirse de sus antecesores en la forma, y en ella habia de buscar la gloria que ya no podia alcanzar ni por la imitación ni por el perfeccionamiento. Esto fué lo que le aconteció á Góngora, inventando para singularizarse aquella afectada cultura que de su nombre se llamó *gongorismo*. Y por esto tuvo pronto su escuela tantos sectarios, porque descubrió una ingeniosa y nueva aunque viciosa manera de lucir las galas del ingenio. Plagóse al instante el campo literario de imitadores de aquel culteranismo, y se estragó y corrompió rápidamente el gusto de la buena y clásica literatura.

En vano intentaron atajar el progreso de la nueva escuela ingenios como Quevedo, Lope, Rioja y Jáuregui, descargando algunos sobre ella los terribles golpes de la crítica y las punzantes saetas de la sátira (1). El contagio los alcanzó á ellos mismos, y no les fué posible detener la corriente de aquella epidemia. Por el contrario hubo otros, como Gracian, que asistido de su amigo Lastanosa, quisieron reducir á reglas lo que era un deplorable extravío (2). Ello es que la peste del

(1) Lope declaró una guerra á muerte á lo que él llamaba la *jerga cultidiablesca*, y escribió aquel famoso soneto que concluía:

¡Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—Y cómo si lo entiendo!—Mientes, Fabio,
Que soy yo quien lo digo, y no lo entiendo.

Quevedo escribió contra el culteranismo *El libro de todas las cosas y otras muchas mas*. Y bien conocido es el escrito titulado: *La culta latín-parla*. Jáuregui escribió su *Discurso poético contra el hablar culto y oscuro*.

(2) En su *Agudeza y arte de ingenio*. No conocemos nada que dé mas cabal idea de la ridícula extravagancia á que llegó el mal gusto que la siguiente composición de Bartolomé Gracian, por otra parte tan circunspeto y grave en otras obras. Describe la aproximación del estío, y dice:

Despues que en el celeste anfiteatro
El jinete del día
Sobre Flegonte toroé valiente
Al luminoso toro,
Vibrando por rejonés rayos de oro;
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas,
Que á gozar de su talle alegre mora
Encima los balcones de la Aurora.
Despues que en singular metamorfosis

culteranismo cundió y se extendió á todos los escritos, hasta á los históricos, y no se estampaba libro, ni se publicaba romance, ni se predicaba sermón, que no estuviese salpicado, cuando no atestado de palabras ampulosas, de conceptillos agudos, de pedantescos retruécanos, de voces latinizadas ó griegas, de violentas trasposiciones, de forzadas é ininteligibles alegorías, dándose mayor mérito á lo que menos se comprendía, y llegando á ser verdad aquello de: «soy yo quien lo digo y no lo entiendo.» y lo de: «mas me confundió cuanto mas lo leo.» Y aun en el principio todavía al través de la corrupción se conservaban y entreveían pensamientos y formas de la buena escuela clásica, pero despues se abusó hasta del mismo gongorismo, y apoderándose de él los talentos vulgares, llegó el mal gusto despues de Felipe IV á su mayor depravación y envilecimiento.

Concluiremos esta breve reseña del progreso y decadencia de nuestra literatura con las siguientes elocuentes palabras de uno de nuestros mas respetables críticos contemporáneos: «Así acabó la poesía castellana: en su juventud mas tierna le bastaron para adorno las flores del campo con que la habia engalanado Garcilaso: en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja se presenta con la ostentación de una buena dama ricamente ataviada; en Balbuena, Jáuregui y Lope de Vega, con alguna libertad y abandono, conserva todavía gentileza y hermosura: pero desfiguradas sus formas con las contorsiones á que la obligan Góngora y Quevedo, se abandona despues á la turba de bárbaros que acaban de corromperla. Desde entonces sus movimientos son convulsiones, sus colores postizos, sus joyas piedras falsas y oropel grosero; y vieja y decrepita, no hace mas que delirar puerilmente, secarse y perecer (3).»

Las artes liberales siguieron en este reinado casi las mismas vicisitudes de elevación y abatimiento que las buenas letras. Desde los tiempos del emperador habia venido cultivándose y prosperando en España el noble arte de la pintura. Las causas las señalamos ya tambien en otra parte. Despues de Carlos de Austria habian seguido favoreciéndola los Felipes II y III. Felipe IV no se mostró menos aficionado á la pintura y á los pintores que á la literatura y á los literatos, y era de aquellos monarcas que parecia consolarse, ya que olvidarse no, de las desgracias de su reino y de los errores de sus hombres políticos, entre los artistas y los hombres de letras. Y así como su vicio por las comedias fué una de las causas que hicieron florecer hasta el grado que hemos visto el arte dramático, así otro de sus defectos, el de la vanidad, ayudó no poco á dar á la pintura y á los pintores aquella consideración y aquel realce que alcanzaron en su tiempo: como quien tenia gusto y aun afán por que los mejores profesores de sus dominios, así españoles como flamencos é italianos, trasladaran al lienzo todos los rasgos de su persona en todas las edades y en todas las situaciones, por ver retratados todos los objetos de su amor, y encomendados al pincel todos los asuntos, hechos ó empresas que pudieran lisonjear su orgullo ó su amor propio.

Así se ve la historia personal de este rey con todas las alteraciones que en su fisonomía y en sus formas iba imprimiendo la edad, pintada por la mano del gran Velazquez; y obra de este hábil artista son tambien los retratos de toda la familia real y del favorito del monarca que decoran nuestro Museo nacional. Felipe IV no reparaba en gastar los escudos de que necesitaba bien su tesoro para las primeras atenciones del Estado, en enviar á Velazquez á Italia para que comprara las mejores estatuas, medallas y cuadros que encontrara en aquel país de las artes. Los hechos de armas y las glorias militares de los primeros años de su reinado, las campañas del Monferato y de la Alsacia, la hazaña y victoria de don Fernando

Con talones de pluma
Y con cresta de fuego,
A la gran multitud de astros lucentes,
Gallinas de los campos celestiales,
Presidió gallo el boquirubio Febo,
Entre los pollos del tindario huevo, etc.

(3) Quintana: cap. V. de la Introduccion al Tesoro del Parnaso español.